

# Gabriel Miró, maestro de la modernidad (Carmen Conde y Gabriel Miró)

## Gabriel Miró, master of modernity (Carmen Conde and Gabriel Miró)

Francisco Javier Díez DE REVENGA

### Autoría:

Francisco Javier Díez de Revenga  
Universidad de Murcia, España  
[revenga@um.es](mailto:revenga@um.es)  
<https://orcid.org/0000-0001-9456-4154>

### Citación:

Díez de Revenga, Francisco Javier, «Gabriel Miró, maestro de la modernidad (Carmen Conde y Gabriel Miró)», *Anales de Literatura Española*, n.º 34, 2021, pp. 79-97. <https://doi.org/10.14198/ALEUA.2021.34.04>

Fecha de recepción: 24-04-2020

Fecha de aceptación: 26-10-2020

© 2021 Francisco Javier Díez de Revenga

Este trabajo está sujeto a una licencia de Reconocimiento 4.0 Internacional de Creative Commons (CC BY 4.0).



### Resumen

Gabriel Miró fue el gran maestro de la modernidad y ejerció una decisiva influencia en los escritores españoles de la generación siguiente. Así sucedió con los poetas del 27, que le dedicaron algunos de ellos estudios pioneros. En Levante, en las provincias de Alicante y Murcia, un nutrido grupo de escritores de esa misma generación recibió fructífera influencia de su magisterio y de su obra. Y entre estos escritores, Carmen Conde se convirtió en discípula devota, fiel y permanente. Así se revela tanto en los textos que dedicó al escritor alicantino y en el epistolario mantenido en su juventud como en algunos aspectos de su propia obra literaria. Ella misma lo reconoció en sus escritos de madurez.

**Palabras clave:** Gabriel Miró; modernidad; generación del 27; Alicante; Murcia; Cartagena; Carmen Conde.

### Abstract

Gabriel Miró was the great master of modernity and exerted a decisive influence on the Spanish writers of the next generation. This happened with the poets of 27, who dedicated some of them pioneering studies. In Levante, in the provinces of Alicante and Murcia, a large group of writers of that same generation received fruitful influence from his teaching and his work. And among these writers, Carmen Conde became a devoted, faithful and permanent disciple. This is revealed both in the texts she dedicated to the Alicante writer and in the epistolary maintained in her youth and in some aspects of her own literary work. She recognized it in her maturity writings.

**Keywords:** Gabriel Miró; modernity; generation of 27; Alicante; Murcia; Cartagena; Carmen Conde.

La relación de los escritores levantinos de los años veinte con Gabriel Miró fue muy intensa, y el gran prosista, el autor de *Nuestro padre san Daniel* y *El obispo leproso*, creó escuela entre sus coetáneos y coterráneos de Alicante, Orihuela, Murcia, Cartagena, Yecla, Lorca, La Unión... Los nombres de José María Ballesteros, Ramón Sijé, Miguel Hernández, María Cegarra, Gabriel Sijé, Antonio Oliver Belmás, Carmen Conde, Andrés Sobejano, José Ballester, José Pérez Bojart, Andrés Cegarra Salcedo, Antonio Parra Vico, José Rodríguez Cánovas, Francisco Martínez Corbalán, Miguel Gimeno Castellar, Juan Guerrero Ruiz, Raimundo de los Reyes y otros muchos forman parte de una promoción de escritores que admiraron al gran prosista levantino, escribieron sobre él, lo homenajearon y se sintieron prendidos a su obra por afinidad intelectual.

Se integraban plenamente en el espíritu que definió a la generación del 27, cuyos protagonistas dejaron testimonios muy claros que responden a la consideración de respeto que Gabriel Miró mereció a sus contemporáneos más jóvenes, los de la generación inmediatamente posterior a la suya. Hace unos años ya publiqué un estudio sobre Gabriel Miró y los poetas del 27 (1979: 243-264) y demostré cómo fue objeto no solo de amistad, sino también de estudio inteligente. Así Salinas (1936), Guillén (1962, 1979), Gerardo Diego (1942, 1947) o Dámaso Alonso (1943, 1969) tienen escritas páginas excelsas sobre nuestro escritor, sobre «el único gran poeta que no quiere serlo», como le llamó Jorge Guillén, en la dedicatoria de su libro *Cántico* (1967). Los testimonios aportados por los poetas de la generación inmediatamente posterior a la de Gabriel Miró indican con claridad cuál era, en vida de Gabriel Miró, su posición en la literatura española, y, más aún, cuál era la valoración que sus inmediatos «discípulos» hacían del escritor alicantino, por más que éste confesase su incompreensión, que no restaba ni un ápice los niveles de admiración, de la poesía de uno de los más significados poetas de esta nueva generación, Jorge Guillén, y, en concreto, de su libro *Cántico*.

En la revista *Verso y Prosa*, *Boletín de la Joven Literatura*, que se publicó en Murcia en 1927 y 1928, aparecen algunas referencias a Gabriel Miró. En concreto, en *Verso y Prosa*, Andrés Sobejano solo publicó una colaboración: una reseña sobre *El obispo leproso* (n.º 2, febrero de 1927), donde se lleva a cabo un agudo análisis de la novela de Gabriel Miró, quien envió a Andrés Sobejano una expresiva carta de gratitud, publicada por Juan Guerrero Ruiz

(1942, 249-255). Elogiaba nuestro crítico esas cualidades peculiares del gran escritor alicantino que todos admiramos y que para él eran fundamentales: su lirismo, su subjetividad, la especial forma de escribir, sus obsesiones, entre ellas la del Ángel mancebo de la Oración del Huerto de Salzillo. Tal como referí en un trabajo anterior, Gabriel Miró escribió a don Andrés, un domingo de febrero de 1927, «Quiero ir a Murcia, y, entonces, no discutiremos de nada, pero me acompañará usted a Jesús, y veremos, otra vez, el “Ángel”. No tema que la imagen aparezca en más libros. Ni el Ángel, ni Oleza, ni capellanes, ni devotos. Todo eso se acabó» (1999: 43-50).

También la jovencísima Carmen Conde, entre las prosas que publica en *Verso y Prosa*, en el n.º 10, de octubre de 1927, con veinte años recién cumplidos, bajo el título de «Escorzos» (algunas de ellas pasarían en 1929 a *Brocal* con interesantes correcciones) y que quedaron olvidadas en la revista, figura una breve prosa poética, en la que la que Carmen ya muestra una inicial devoción por Gabriel Miró, al evocar la novela recién publicada (*El obispo leproso* se edita por primera vez en 1926):

Para D.<sup>a</sup> Purita la Soltera.  
«El Obispo Leproso»  
Gabriel Miró

Doña Purita, tiene la carne rizada de luna. De luna calladita y ruborosa de Oleza. De luna que todos los amanecidos, se ha quedado en el rosál de su reja, vagamente sonreída...

Doña Purita, ha buscado en el espejo. Otra Doña Purita que no se llama nada. Que no será soltera. Que no será nadie. Y ha buscado también, para su carne bien olorosa, el largo acariciado de los dedos del rosál lleno de luna.

Oleza, tiene dos ojos grandes, que todo lo ven en seguida! Y han visto el cuerpo desnudo de Doña Purita; pero sin luna ni rosál. Asomado a la ventana joven, para vestirse, de calle o de cielo.

Se conserva en el Patronato Carmen Conde-Antonio Oliver de Cartagena un conjunto de cartas dirigidas por Gabriel Miró a Carmen Conde, que recogió el *Epistolario* editado por Ian Macdonald y Frederic Barberá (2009: 678-702), en las que se advierte enseguida el tono de amistad con el que el gran novelista trató a Carmen desde el principio y que ya se acentúa en esas fechas por la amistad surgida entre Carmen y Clemencia Miró, que incluso comparte alguna de las cartas de su padre con texto suyo.

El 21 de noviembre de 1927 Carmen, con veinte años, escribe a Gabriel Miró pidiéndole que le dedique un ejemplar de *El obispo leproso*:

Don Gabriel Miró  
Madrid

Admirado señor mío:

*El obispo leproso* es el libro amado de mis horas más altas ¿Quiere V. ponerme una dedicatoria, su firma en este libro tanpreciado? Aún será así más querido para mí.; lo releeré más religiosamente. Mi devoción es tan grande como la admiración que merece el autor de *El obispo leproso*.

Toda mi gratitud

Carmen Conde

D/  
Martín Delgado 13 dupd.º  
Cartagena  
hoy 21/XII/27

A la que responde Gabriel Miró indicándole que no tiene ejemplares del libro y que espera el suyo, el de Carmen, para dedicárselo. Gracias, le dice «por la fineza de su carta»: «es la primera que recibo de lectoras de Cartagena». Una tarjeta de visita, fechada en diciembre de 1927, agradece la prosa escrita por Carmen en *Verso y Prosa* a la que antes hemos aludido: «Doña Purita y yo agradecemos su prosa tan elegante y sutil. – Quizá el próximo verano pase yo unos días en Cartagena».

El 5 de enero de 1928, agradecida, Carmen le envía la siguiente carta, en la que se refiere al artículo que publicó Miguel Pérez Ferrero en *La Gaceta Literaria*, año 2, n.º 25, el 1 de enero de 1928, titulado «Gabriel Miró. El escritor visto por su mujer»:

Don  
Gabriel Miró  
Madrid

Su hermosa dedicatoria me ha traído una profunda alegría. Estoy reuniendo sus obras y quería que su firma (no la firma «coleccionada» sino la del amigo de talento y exquisita delicadeza) honrase mi biblioteca.

He leído en el último número de *La Gaceta Literaria* lo que de V. dice su Sra. Estoy aún más contenta desde hoy, porque he merecido su atención al contestar a mi carta primera, tan amablemente. Veo que no he sido clasificada entre los curiosos sino entre los devotos fervientes de su obra. No sabe V. cómo se lo agradezco.

Tendré una verdadera satisfacción de saludarle este verano. Aunque yo estaré al cuidado de su llegada, le ruego me avise con anticipación. Si en junio está V. en Madrid, le visitaré porque pienso pasar allí unos días.

Toda mi gratitud y amistad sinceras,

Carmen Conde

Cartagena 5 / I / 28

D/ Martín Delgado, 13 dupld.º

La siguiente carta de Gabriel Miró, de 26 de marzo de 1928, es muy interesante: le pide perdón por escribirle «desde jaulón, sin tiempo, sin silencio», y en efecto la carta lleva membrete del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes. Concurso Nacionales. Carmen le ha pedido consejo para presentarse con un libro suyo a los concursos nacionales. Gabriel Miró no quiere contestarle directamente y le indica que será su hija la que le escriba, lo que en efecto hace, ofreciéndole su amistad. Al final, le envía las bases del concurso para que Carmen vea si se ajusta o no. Pero lo interesante de la carta son las reflexiones de Gabriel Miró sobre sí mismo, en ese momento de su vida, y más aún la vinculación de Gabriel Miró con Cartagena a través del médico Antonio Ferrer, hermano de la madre de Miró, al que también alude Clemencia en su epístola. El texto de Gabriel Miró es muy suyo cuando se refiere a su hija y a sí mismo:

mi hija le escribirá. No debe ser incluida en esas páginas. Puede estar a mi lado, pero no entre nombres ungidos. Ella no aspira a ninguna eternidad literaria; yo aspiro a no llegar nunca. Coloquémonos en el lugar que nos pertenece, apartémonos del ajeno. Es una postura cómoda. Casi todo lo cómodo es digno. Se ha de evitar también la violenta actitud de la humildad. – No tengo biografía gracias a Dios y a mí mismo. Nací en Alicante hace 48 años. Estuve interno en Santo Domingo de Orihuela. Sigo viviendo. Entre los claros hitos de mi vida pasa todo lo que informa las motivaciones literarias de las realidades que no me pertenecen.

La siguiente carta es de 25 de septiembre y está escrita en Polop, lo que sabemos por el matasellos del sobre correspondiente. Clemencia escribe su parte a máquina y Gabriel Miró la suya a mano. Vuelven las confesiones personales, esta vez desde su campo, a la joven escritora:

A estas horas no sé si soy, todavía, secretario de los Concursos Nacionales. Pero si continuara en mi aula sería con la condición de no participar del Concurso de Literatura. – Y esto me pesa únicamente por usted. – Los ruines no me dejan. Lo peor es que no me revuelva por virtud sino por mi desgana. Lo peor o lo mejor. Cada día más lejos del *oficio*. Acabaré por internarme definitivamente en estos campos. Así sea; y así será.

La última carta es del 22 de abril de 1929 y cuenta también con una parte escrita por Clemencia. Parece ser que Carmen le ha pedido trabajar con él en el Ministerio y Gabriel Miró le señala que solo se trabaja allí tras haber obtenido oposiciones, como algunos han conseguido en recientes exámenes. Si viviera

en Madrid podría hacerlo, pero *meritoriamente* «mediando influencias». No falta el comentario irónico tan propio de Gabriel Miró, en relación con los últimos exámenes y las que los han aprobado: «¡Y qué colección de señoritas inútiles han alcanzado muellemente lo que tantos afanes habrá de costarle a una Carmen Conde! No se desanime Vd.; pero no desgaste su impetuosidad en vano por la prisa».

Se conserva también en el Patronato una carta de Gabriel Miró a Antonio Oliver Belmás que no fue publicada por Macdonald y Barberá. La reproducimos porque revela una vez más la buena relación, casi paternal, de Gabriel Miró con los dos esposos, como se dice en la epístola literalmente. Naturalmente alude a una mediación solicitada por Oliver para una cuestión de apoyo editorial:

Sr. D. Antonio Oliver Belmás

Querido amigo: como actualmente no tengo diálogo con C.I.A.P. esperaba ponerme al habla con amigos de esa editorial para recomendar los deseos de Vd. Todavía no le he conseguido. Salinas me anuncia su visita y Vd. será tema de nuestra charla. Yo no puedo entenderme con la Ibero Americana. Claro que siendo tan movediza puede alguna vez acercárseme –según ya hizo– y, en este caso, siéndole útil, yo hablaría de Vd. con fervor. Usted y Carmen me inspiran siempre un gran interés humano y literario.

Cordialmente le felicito el Año Nuevo, les saludo, los quiero y hasta el abrazo –si Vd. me lo consiente por mi jerarquía de abuelo

Gabriel Miró

31-XII-29

En el Patronato se conserva una anotación manuscrita de Carmen con todas las dedicatorias de los libros de Gabriel Miró:

En *El Obispo Leproso*

A Carmen Conde Abellán, primor y gracia; estremecido y firme corazón. Con gratitud por su amistad tan clara para algunas de las mujeres de este libro.

Devotamente

Gabriel Miró

29-XII-27

En *El Ángel*, *El Molino*, *El Caracol del Faro*

A Carmen Conde recuerdo de su aparición en esta casa.

Su amigo y devoto

Gabriel Miró

3-III-29

En *Años y Leguas*

A

Carmen Conde

de su devoto

Sigüenza y Gabriel Miró

27-VIII-28

+ el 27 mayo 1930

Es interesante reflexionar sobre uno de los libros de Gabriel Miró que se menciona en las dedicatorias: *El ángel, el molino, el caracol del faro* y la fecha de 3 de marzo de 1929, cuando Carmen va a Madrid y conoce a Gabriel Miró y a Juan Ramón Jiménez. Carmen Conde ha terminado *Brocal*, que aparece ese 1929, al que seguiría *Júbilos (poemas de niños, rosas, animales, máquinas y vientos)*, publicado en 1934. Del libro de 1929 le dedica un ejemplar en julio de ese año: «A Gabriel Miró con fervorosa devoción. En recuerdo de la luz de su casa. Carmen Conde. 6-VII-29». Gabriel Miró y su libro de 1921, con ese difícil género breve que acuña en sus páginas, extensos poemas en prosa, aunque los llamemos viñetas, capítulos, estampas o glosas, está en la forja de los libros primeros de Carmen Conde, y no solo en aspectos puramente formales o estructurales sino en muchas atenciones temáticas y argumentales, creación de personajes y evocaciones de naturaleza y paisaje. El único gran poeta que no quiere serlo transmitía a su jovencísima discípula cartagenera un espíritu lleno de luz mediterránea y de paisaje amado, vivido en el territorio común, desde las tierras de Alicante al faro de cabo de Palos.

Carmen Conde volvería a escribir sobre Gabriel Miró. Pero las circunstancias serían muy distintas. Ya no era por la inmediata lectura de una obra recién publicada. Ahora el artículo lo suscitaba la inesperada muerte del gran prosista alicantino. Gabriel Miró murió en Madrid el martes 27 de mayo de 1930 y fue enterrado el jueves 29, el día de la Ascensión. Tal como advertimos por la fecha del artículo de Carmen Conde (31 de mayo), que a continuación reproducimos, nuestra autora lo debió de escribir en el momento de conocer la muerte del autor de *Años y leguas*.

Lo publicó en el número inaugural de la revista, publicada en Murcia, *Sudeste*, 1, de julio de 1930, dedicado íntegramente al gran prosista levantino por escritores levantinos como él. Colaboraron en el número, junto a Carmen, José Pérez Bojart, José Ballester, Juan Lacomba, José Rodríguez Cánovas, Antonio Oliver Belmás, F. Martínez Corbalán, Luz Lafuente, Miguel Gimeno

Castellar y Luis Albertos. Ilustró la portada un espléndido dibujo del rostro de Gabriel Miró, firmado por el pintor murciano Luis Garay.

Carmen Conde, emocionada por la pérdida del maestro, recuerda relaciones personales con él, visitas y dedicatorias y sobre todo recuerda su voz, su mirada, y cómo todo lo llenaba de luz, de bondad. El artículo es una de las mejores elegías que se dedicaron a Gabriel Miró en aquel año, porque es sincero, auténtico y lleno de emoción entrañable, escrito con generosa limpieza expresiva y envolvente naturalidad, muy al más genuino y puro estilo de Carmen Conde, mantenido a lo largo de toda su vida.

Lo dio a conocer posteriormente, en el plano nacional, al incluirlo en el homenaje que *La Gaceta Literaria* dedicó al prosista alicantino al cumplirse el primer aniversario de su muerte, el 1 de junio de 1931, en el que colaboraron, entre otros, Unamuno, Azorín, Menéndez Pidal, Salinas, Guillén, Rodríguez Marín, Giménez Caballero, y, entre los extranjeros, Jean Cassou, Marcel Carayon y Valery Larbaud.

Y muy orgullosa debía de estar de este artículo, porque en 1979, cuando le pedí a Carmen una colaboración para un número homenaje a Gabriel Miró de la revista de la Universidad de Murcia, *Monteagudo*, me envió este mismo artículo, y así se publicó, en el número 65, de aquel año, para conmemorar el centenario del nacimiento de Miró, en un entrañable homenaje universitario en el que también colaboraron Jorge Guillén, Mariano Baquero Goyanes, Vicente Ramos, Manuel Muñoz Cortés, Francisco Alemán Sainz y otros muchos. He aquí el texto del artículo, titulado «Gabriel Miró. Sigüenza y la eternidad»:

La calle estaba roja de vendaval, y Sigüenza niño, en aquella puerta que dividía la zona de la vulgaridad de la zona del amor doliente, se detuvo. Ya no quedaba nadie en la casa. Sus vecinos, dos amantes —«ella, con su trenza de luz descolorida»—, habían muerto... Y Sigüenza, encendido de desconsuelo, cogió el aldabón y llamó. Sonó dentro de la casa el golpe seco, naufrago, y en la calle se dilató un recelo tembloroso.

Pero no contestaría nadie a aquella gran llamada y Sigüenza no sabría qué guardaban las paredes que vieron el amor de los ausentes.

Todo ha cambiado. El tiempo que alejó a Sigüenza de sí mismo, ha variado las circunstancias. Tan es así, que ya sabe el misterio de la casa inútilmente golpeada en su niñez. ¡Ahora sí que ha llamado con fuerza en ella! ¡qué aldabonazo tan hondo, el suyo! Ya conoce Sigüenza el misterio de las sombrías habitaciones, el misterio de la trenza de luz, el secreto afán que consumía al amante.

Por breve que fuera el encuentro, ¿cómo olvidar a Sigüenza? De una carta pequeña a un libro eterno: y de aquí, a la realización del más puro anhelo: dialogar con él.



Camino de Sigüenza, de su área de quietud, nos sentíamos batidos por las imágenes que rezumaban sus obras. No encontrábamos la palabra, el ademán preciso para atestiguar el desvelo admirativo de nuestra alma. Sigüenza se nos ofrecía desde su callada altura, desde su cumbre; y el viento, Dios, era suyo.

Primero, con la presencia humana, desligada –voluntariamente–, de la obra vino un torrente de claridad. La figura era clara, firme, un algo triste. Tenía una mirada diáfana, desde cuyo fondo Sigüenza seguía llamando a la eternidad. Cabeza leal, con sonrisa delgada. ¡Manos delicadas entre las que el hierro del aldabón parecería más negro! Y oímos la voz de Sigüenza: amplia, persuasiva, de suave pulcritud. ¡Cuántos libros maravillosos conocemos en unas horas! Amamos para siempre aquel hogar en el que aparecimos tímidamente, y al que volvimos tantas veces.

¿Detalles? No. Insinuemos solamente lo que de inolvidable tuvo el encuentro. En torno del Poeta había unas mujeres apacibles, enamoradas de él; eco discreto de su voz, de su ademán, de su sonrisa... Una muchacha en cuyos ojos tan grato recuerdo tienen los del padre; una dorada muchacha de acendrado sueño.

Todo lo llenaba Miró de su luz. Sus pupilas, ahogadas de belleza, salían del mar como los marineros que cantan a sus novias de la tierra, desde el barco. ¡Ifach! Guardamos de esta roca que tanto aparece en las obras de Miró, una imagen fechada por su mano. Y con un libro que amplía aquella dedicatoria, hay algo muypreciado: la figura de Sigüenza cuajada de penumbra mediterránea, en su laboratorio de belleza de Madrid, frente a la sierra fría que no cobija a ningún mar.

Gabriel Miró era puro. De su vida no arrancaron maldades, de su obra solo fluyeron armonías. Ensimismado, dueño de su irrealdad y de su concreción, sacudió las vértebras del idioma con la apretada corriente de sus poemas.

Cuando se juzga al artista, su obra íntima, su corazón, ofrece poco interés. No así en este caso. Sigüenza era humano y en el calor de su hogar vivía sobre la cumbre de su lirismo con la seguridad que en los estíos recorría Aitana.

Solo ahondando en la emoción remota, ha vuelto a llamar con fuerte aldabonazo en la cerrada puerta de los enlutados.

Ya sabe lo que hay dentro. Ya vive allí. A los remansos profundos de su vida, ha bajado el arcángel que abre cicatrices de luz en el mar.

Cartagena 31 mayo 1930.

La siguiente colaboración sobre Gabriel Miró la publicó Carmen Conde en Orihuela en una ocasión muchas veces recordada. *El Clamor de la Verdad* es una revista que aparece en las novelas olecenses de Miró, inventada por el escritor. Pero un grupo de discípulos de la escuela de Orihuela, en colaboración con los de Murcia, decidieron en octubre de 1932 rendir un homenaje a Gabriel Miró,

«un ángel en el cielo», y, con motivo de la inauguración del monumento a su memoria en Orihuela, publicar, por una sola vez, un ejemplar de la revista *El Clamor de la Verdad*, en la que colaboraron muchos de los escritores de aquella generación levantina inolvidable, entre ellos Miguel Hernández y Ramón Sijé. Y también Carmen Conde, que envió dos poemas, hoy olvidados. Los poemas están dedicados en el título: «A Gabriel Miró. En su día de Oleza», y el primero de ellos se titula «Dolor de la meditación»:

Caigo al profundo tumulto de la divinidad.  
Allí, los gritos de la fe torturante  
ciegan las frentes en meditación.  
Quiero creer, porque mis ojos  
quieren creer en lo invisible.

No hay quietud en el que contempla.  
Es un torrente el alma pensativa.  
Es un incendio el refugio  
en que medita la razón.

¡Pura y desesperada la armonía  
en que yo muevo mi soledad!

El segundo lleva por título «Barco en marcha»:

¡Ancho país de la voz caliente,  
espacioso universo de la sirena,  
alegría de partir la Noche!

La corpulencia del sonido  
elevaba el cielo para desbordarse.  
Y el humo apretado huía  
desencadenando sus músculos.

Nosotros en tierra. Pequeños,  
con nuestro inmenso delirio incalculable.  
Viendo la cicatriz del mar,  
la sombría luz,  
la erguida, irrefrenable voz del barco.

Antonio Oliver también colaboraría en aquel número con un texto en prosa, un tanto tremendista o de vanguardia, titulado «Cuerpo derruido», que también merece ser recordado:

Cuando un cuerpo se derruye en muerte sobran las planificadoras –o los planadores– más o menos alquilados. En vez de los que derraman falsas lágrimas debieran acompañar al cuerpo muerto doncellas que entonasen himnos de victoria. Esto ya lo hicieron los primitivos cristianos. El morir es un acto tan natural, tan vital, como el nacer.

Más bello y delicado que el ritual de los lacrimatorios, resultaría el canto de unas voces redondas de vida, que yo sueño para Gabriel Miró, el muerto que no tiene sobre él, tierra de «Sigüenza», tierra suya, tierra de su comarca.

---

Los Poetas han dicho que morir es dormir. Si ello es verdad, no existe un sueño más profundo. Es tan profundo este sueño del morir que todavía no le hemos hallado el fondo, a pesar de los más trágicos sondeos.

---

El cuerpo cae cuando la proyección del alma no pasa por nuestra base de sustentación.

En la juventud los cuerpos se están firmes: son torres esbeltas. Luego, cuando los zodíacos giran, los cuerpos ya tienen algo de torres inclinadas, tanto, que están siempre en inminencia de derruirse.

No obstante, un muerto es la plomada perfecta. Por eso el espíritu es entonces, cuando morimos, tan vertical.

---

El cuerpo, cuando está muerto, tiene una fuerte pesantez. Parece un fruto ya granado para lo eterno; pero mejor que un fruto que curva una rama, el cuerpo muerto tiene la pesantez del mineral. Lo que ocurre es que a los minerales los sacamos de las entrañas de la tierra, en las que dejamos a los muertos.

Para el alma ningún hoyo puede abrirse en la tierra. Para ella, solo los vientos cavan el sub-cielo.

---

La muerte puede sorprendernos, o verdes aún para que al menos, aunque desgajados del vivir no le sirvamos, o maduros, apretadamente maduros.

---

El estar maduro para la muerte es la más difícil ciencia del que vive.

---

¿Qué hará la muerte con esos seres tan sin madurar, tan tiernos y ácidos aún, que se lleva a veces?

---

Solamente los inmortales están maduros para la muerte. El huracán frío les derruye el cuerpo, como a todos; pero le da total libertad a lo que no era cuerpo; a lo que tantos insomnios cuesta sacar a luz mientras se vive.

Oliver escribiría además una «Elegía a Gabriel Miró», que dio a conocer, entre otros lugares, en el diario *El Sol* de Madrid, el 29 de mayo de 1935; y son varios los artículos que dedicó a la obra de Miró en aquellos años treinta. Entre ellos: «La obra de Gabriel Miró. Persecuciones reaccionarias», *Diario de Alicante*, 8 septiembre 1930; «Naturaleza y poesía en la obra de Gabriel Miró», *Revista Hispánica Moderna*, New York, 2, 3 (Apr. 1936), págs. 15-17; «“Sigüenza” y su

comarca», en Última vez con Rubén Darío; «Un viaje marítimo de Miró», en Última vez con Rubén Darío y «Piedad para Gasparo», *El Lugar Hallado*, 1952.

El 2 de octubre de 1932 los dos escritores cartageneros acudieron a Orihuela para asistir al homenaje a Gabriel Miró, celebrado en la Glorieta de Orihuela, que desde ese día lleva el nombre de Gabriel Miró. Se había cursado una invitación a todas las instituciones regionales y personajes de las letras con el reclamo de «Romería lírica a Oleza, con motivo de la inauguración del monumento al escritor levantino Gabriel Miró». Lo peor vino cuando los discursos porque tras intervenir Ramón Sijé, Ernesto Giménez Caballero, invitado al acto, pronunció un discurso fascista influido por su reciente estancia en la Italia de Mussolini, que fue interrumpido por Antonio Oliver al grito de «¡Embustero!», entre el asentimiento de los concurrentes, ya que Giménez Caballero se atribuía el haber contribuido a traer la República a España. Oliver fue detenido y llevado a un cuartelillo, del que pronto fue puesto en libertad.

Mientras se aclaraban las cosas, Carmen Conde, María Cegarra y Miguel Hernández esperaron en el bar del Hotel Palace. En ese momento Miguel entregó a Carmen un original de su libro *Perito en lunas*, que en esos días estaba preparando para editarlo, en Murcia, en la colección Sudeste, auspiciada por los periodistas del diario *La Verdad*, en cuyas prensas finalmente el libro de Miguel se imprimiría ya en enero de 1933.

Fue también el momento en que se publicó el ejemplar único del periódico *El Clamor de la Verdad*, título extraído justamente de *Nuestro Padre San Daniel*, de Gabriel Miró. En sus páginas coinciden con colaboraciones suyas Carmen Conde y Miguel Hernández, junto a todos los componentes del grupo de escritores de Orihuela. He aquí el nutrido sumario de la revista dedicada a Gabriel Miró: *Gabriel Arcángel*, El Anti Alba Longa. – *Poemas*, María Cegarra Salcedo. – *Orihuela y Gabriel Miró*, José María Ballesteros. – *El cuerpo derruido*, Antonio Oliver. – *Dos Poemas*, Carmen Conde. – *En la puerta*, José M.<sup>a</sup> Pina. – *Limón; Yo. La Madre mía*, Miguel Hernández. – *Voces de silencio*, Carlos Martínez Barbeito. – *Estampa mironiana*, Julio Bernácer. – *Geografía de un claustro*, Ramón Sijé. – *Orihuela principio y termino de Sigüenza*, Raimundo de los Reyes. – *Estafeta y anuncios del Clamor de la Verdad*. – Fotografías de Gabriel Miró; del colegio de Jesús; del busto del escritor levantino, obra de José Seiquer Zanón. – Apunte de Garay.

El periódico lleva la fecha de 2 de octubre de 1932 y nos consta que todos los colaboradores asistieron al homenaje. Seiquer Zanón había sido premiado por la comisión encargada del Homenaje a Miró. Se imprimió también una «Estafeta de El Clamor de la Verdad», donde se agradecía a varias personalidades de la vida literaria y política nacional –desde Altamira a Azorín, desde

Gregorio Marañón a Giménez Caballero— su colaboración en el Homenaje. Su última página anuncia «en preparación» el primer poemario de Miguel Hernández: *Perito en lunas*.

A partir de ese momento surgiría una entrañable amistad entre Carmen Conde, Antonio Oliver, María Cegarra y Miguel Hernández, que esperaba publicar *Perito en lunas* en Murcia, con Raimundo de los Reyes, en las ediciones de Sudeste, en los próximos meses. Gabriel Miró, una vez más, fue el punto de unión, aunque algo accidentado, entre estos jóvenes escritores alicantinos.

El 28 de mayo de 1935, en el diario *El Sol*, incluido en la sección Los Libros. Figuras del Día, Carmen incluiría un nuevo artículo suyo, titulado «Gabriel Miró», en el que, a los cinco años de su muerte, lamenta el olvido en que el gran escritor está cayendo tanto por parte de los lectores, de las editoriales como de las instituciones públicas, frente al interés que suscita su obra en el extranjero. Alude directamente al homenaje de Orihuela y revela la intención de colocar un busto de Gabriel Miró en la plaza que lleva su nombre en Alicante, donde vive casualmente en ese momento Juan Guerrero. Y alude también, aunque sin nombrarlo, a un discípulo fiel de Miró, Andrés Cegarra Salcedo y a sus hermanas Pepita y María Cegarra. Se pone de relieve el gran disgusto que está experimentando, cinco años después de la muerte del escritor, por esta desidia general en torno a su obra.

Muy distinto es el artículo, ya de 1979, que Carmen escribió para *ABC*, siendo ya Académica de la Real Academia Española, como se lee tras su nombre. Había pronunciado su discurso de recepción en enero de ese 1979, año en que se conmemoraba en toda España el centenario Gabriel Miró. Y el artículo, aunque aparece ya en agosto, recoge los recuerdos de su juventud cuando conoció al escritor e hizo amistad con su hija Clemencia, tal como relata detalladamente. Sus recuerdos evidentemente coinciden con muchos de los datos y documentos que hemos recuperado en este artículo. No podía ser de otra forma. Por ello añadimos en apéndice el texto completo de estos dos interesantes artículos de Carmen Conde.

Conocemos también otro texto de la escritora en torno a Gabriel Miró, publicado por la *Revista del Instituto de Estudios Alicantinos* en 1979, que recuperaba un texto aparecido en 1957 en la revista *Idealidad*, de la Caja de Ahorros del Sureste de España, trabajo escrito expresamente para ser leído en el Aula Gabriel Miró de esa entidad bancaria en el Huerto del Cura, en Elche, el 27 de mayo de 1957, en la conmemoración de otro aniversario del escritor. Se trata de un texto interesantísimo que confirma, cierra y concluye cuanto llevamos adelantado en las páginas precedentes.

Carmen Conde discípula fervorosa de Gabriel Miró como reconoce en esta emotiva semblanza cuando manifiesta que fue Juan Chabás el que la situó entre los jóvenes escritores con huella profunda de Gabriel Miró: «Bien sabía yo que no era rigurosamente cierto, puesto que mi mundo de creación literaria discurría ajeno al suyo; pero mi mundo sensible, mi percepción plástica de las cosas de la tierra, mi deslumbrada mediterraneidad, sí eran –y son– profundamente mironianas» (1979: 108).

Reconoce que el encuentro con Gabriel Miró inició su «verdadero descubrimiento de la belleza plástica» junto a «una dulcísima ternura hacia todo», para confirmar más adelante que el paisaje y la naturaleza de Levante lo compartía con Miró: «cada monte, cada colina, cada oleada de este mar nuestro, tan ansiosamente contemplado y tan embebido por nuestra sed» (1979: 110). Pero su discipulaje va mucho más allá y es más profundo, porque como asegura finalmente:

haber aprendido su moral, es seguirle. No importa que cada uno haga su creación bajo la luz que le sea dado mirar. Lo verdadero es saber, defender, levantar el ánimo para que cada una de nuestras palabras de arte, no se pueda sustituir por otra; ni nuestra actitud de creadores deba ser sustituida por otra que nos recuerde para que se nos dio el uso de la palabra (1979: 111).

La devoción de Carmen Conde por Miró impregnó a lo largo de los años su actitud como escritora y compartió con el gran escritor la estatura moral y la luz de Levante, tan próxima a ambos desde su nacimiento. Por eso, en aquella intervención en sitio tan privilegiado y tan levantino, entre palmeras, pidió ser recordada como «una voz que aprendió a pronunciar palabras al calor de aquel aliento de apretadísima lumbre que era el idioma de Gabriel Miró» (1979: 112).<sup>1</sup>

---

1. Agradezco a Caridad Fernández, Técnica del Patronato Carmen Conde-Antonio Oliver de Cartagena, su colaboración en la consulta de la documentación, así como en la recopilación de todos los datos, y a su director, el Dr. Cayetano Tornel Cobacho, las facilidades que me han permitido consultar un fondo documental tan valioso.

## Apéndice documental

### 1

#### LAS LETRAS

Mayo 1930-mayo 1935

En el quinto aniversario de la muerte de Gabriel Miró

*El Sol*, 28 de mayo de 1935.

Yo no sé por dónde anda toda aquella buena voluntad de los que «Azorín» llamó «obligacionistas de Gabriel Miró»... Es mayo otra vez, cinco veces mayo desde que no tenemos con nosotros la presencia física del escritor cuya obra resistirá el tiempo como un mar.

Morir en mayo es menos doloroso que morir en noviembre. Las flores aguardan el cuerpo muerto para ablandarle la tierra... Morir cuando la lluvia enfría, encharca, enturbia, la tierra es más morir. Mayo es mes de pastores que apaciguan rebaños de nubes. Mayo, para morir los poetas; cuando no los vemos en figura, la flor y el pájaro nos señalan que ellos duermen entre la caliente tierra florecida.

Aciertos más o menos felices se han dicho de la obra y del artista máximo. Pero hacer se ha hecho menos de lo que esperábamos y deseamos los fervorosos eternos. Las provincias tienen más sentido o un más puro sentido del homenaje a tiempo, y aunque hagan esas cosas «cándidas» de dar el nombre querido a una plaza, con árboles, pájaros, fuente y niños felices, y levantar un busto en otra plaza al artista, son emocionados rasgos finos, que con el Premio Gabriel Miró de la editorial Juventud forman lo más popular hasta ahora de los homenajes a Miró. Claro que se ha «escurrido» algún detalle poco acertado en –por ejemplo– la inauguración del primer busto de Gabriel Miró en Orihuela al elegir al autor del discurso inaugural, etc.

Pero ¿y los «obligacionistas» de Miró? Europa, avanza más que nosotros en el conocimiento –¿qué mejor homenaje? – del universal escritor levantino. Las traducciones aumentan de calidad y de cantidad. El paisaje alicantino cobra el realce internacional a que tiene derecho por su palestinismo mironiano. Aquí, aparte de las ediciones corrientes, sólo se realiza la que Los Amigos de Miró titularon «Edición homenaje» de sus obras completas, prologadas por los escritores «Azorín», Unamuno, Marañón, Baeza, Díez-Canedo, Pérez de Ayala, Guillén, etc.

Precisamente ahora, para conmemorar el aniversario de la muerte del autor de «Años y leguas» (último libro publicado) en Alicante, en la plaza de Gabriel Miró, en la cual vive el amigo y animador más fervoroso de la poesía moderna (los enterados saben que nombramos a Juan Guerrero), ha nacido la idea, ya

realidad, de colocar un busto del escritor y levantar frente al Ifach, esa roca que se levanta como un faro un capítulo maravilloso de «Años y leguas», el parador de turismo que permita admirarla y soñar mejor con la encontrada luz del escritor.

Aquí mismo hablé de unas mujeres que mantienen viva la llama del amor y del arte en el hogar de un joven y malogrado escritor levantino de su escuela. Como en casa de Miró exactamente. Porque es condición levantina, al parecer, la de resistir a la eternidad oponiéndole eternidad.

Todo, por desdicha, es aún en España culto familiar. Nuestro gran pueblo no sabe adorar todavía a los genios, no sabe rendirles homenaje persistente.

Yo creía que era a eso a lo que iban a enseñar, entre otras cosas de difusión, los «obligacionistas de Miró», cuya obra será eterna cual un mar.

Carmen CONDE

## 2

Encuentro con Gabriel Miró

ABC, 18 de agosto de 1979

Mil ochocientos setenta y nueve es año que no olvido: en él nacieron mi madre y Gabriel Miró. De ella recibí la vida y de él el amor a la belleza: a la hermosísima tierra mediterránea de la cual somos hijos los tres.

Recordar como conocí al escritor y al hombre es muy grato y está lleno de amor. Lo primero que leí suyo fue *El obispo leproso*, contemplado largos días en el escaparate de la librería que, en el ya desaparecido Callejón de Campos, tuvo don Wenceslao García en Cartagena. Después de meditarlo mucho se lo envié a su autor pidiéndole que me lo dedicara. Acompañaban mi carta unos primeros poemas en prosa dedicados a uno de los personajes de su obra, Doña Purita, y Gabriel Miró así lo hizo constar graciosamente, en la dedicatoria que me escribió, benévolo, con aquella menuda y firme, preciosa, letra de su noble mano. ¡Cuántas más, y todas bellísimas, conservo en los libros que a partir de aquel citado, me dedicó después!

Me había hablado extensamente del escritor, antes de yo leerlo, Antonio Oliver Belmás, mi novio entonces, y la aureola de aquel autor tan amante de nuestro Cabo de Palos me deslumbraba. Al leer un día en *La Gaceta Literaria* que fundó y dirigió Ernesto Giménez Caballero, que Miró tenía dos hijas y que, de la segunda, Clemen, elogiaba su juvenil prosa, pedí a Miró que me pusiera en relación con ella. Con Clemen mantuve, hasta su muerte, fraternal y leal amistad llena de cariño.



Éramos amigas desde 1927 o 28 Ernestina de Champourcín, la gran poetisa, y yo. Desde mi distante ciudad conseguí que ella, como yo, fuera amiga también de Clemen. Cuando se reunían me escribían contándome lo que hablaban. Ambas constituyeron para mí durante bastantes años el puente que me unía al mundo literario que me parecía inaccesible. Ernestina me enviaba libros constantemente, cartas, y yo le contaba a ella y le remitía a mi vez todo lo que escribía. Creo que la primera vez que alguien se ocupó de mí y de mis poemas en prosa fuera Ernestina, precisamente, en un diario llamado *La Época*, de Madrid.

En la Cartagena de mis días, salvo la amistad fidelísima con el escritor Andrés Cegarra Salcedo, de La Unión, yo no podía hablar de poesía nada más que con mi novio, mi vida misma siempre. Él era mi mentor, mi informador, el que enjuiciaba mis escritos sin la menor objeción por parte mía. El poema que abre mi libro primero, *Brocal*, da fe de ello.

Todos los nombrados eran para mí la existencia ideal; la real... no era nada halagüeña por lo que al ambiente se refería.

Mi novecientos veintisiete había sido, y seguirá siéndolo, un año fundamental en mi vida. Como lo vino a ser 1929 en sus dos o tres primeros meses. En 1929 vine por primera vez a Madrid y pude conocer a Gabriel Miró y a Juan Ramón Jiménez: los troncos que, con don Antonio Machado, mantenían el ávido mundo nuevo de la literatura. No puedo recordar con precisión cómo y en qué momento vi personalmente a Gabriel Miró. Fue como si le viniera viendo desde el principio del mundo.

Olimpia, la hija mayor, «la primera sangre», como escribiera Ramón Sijé, vivía con sus adorados padres, su marido y sus hijitos, en el Paseo del Prado, entonces número 20, junto al palacio de los duques del Infantado. (Aún permanecía en él la hija escritora, Cristina, ahora abadesa de un convento de Sevilla). El niño de Olimpia, Emilito, era muy pequeño, y la niña, Olimpia, apenas contaba un año. – Gabriel, patriarca, reinaba en la casa rodeado de seres entrañables: su madre –hermana de un gran médico, don Antonio Ferrer, que ejercía en Cartagena–, su esposa, doña Clemencia, sus hijas y sus nietos, con aquel gran médico y analista Emilio Luengo, que unía a su talento una bondad ilimitada, tan grande como su devoción y entrega a la persona del padre de su mujer.

Casi diaria era mi estancia en la querida casa y su acogida cariñosísima. Muchas tardes estuve en el despacho del escritor oyéndole hablar o viéndole jugar con su nietecito, y cuántos días disfruté de aquella familia que me admitía, integrándome en ella. Tengo fotografías (no excelentes, por cierto, pues mi Kodak era de bolsillo y muy chica) con Gabriel y con Clemen que no se

separan de mí. Otras hube después de la guerra, con Clemen, en el cementerio, ante la tumba de su padre.

Un día, ya de primeros de marzo, almorzando con la familia Miró, le dije a él que por la tarde iría a casa de Juan Ramón Jiménez con Ernestina. No eran muy buenas las relaciones entre ambos escritores, a causa de cierto comentario irónico del poeta acerca de la obra del escritor en prosa; poeta también sin duda.

Gabriel, con voz campanuda, me contestó: «¡Gran experiencia la suya! Está comiendo junto a este pobrecito *escritor*, y luego será recibida por el grandioso Juan Ramón». Y había un fondo de tristeza en sus palabras que quisieron parecer enfáticas.

Naturalmente no contesté nada, pues ignoraba el motivo que hirió a Gabriel Miró. Yo, solo su voz oía cuando me hablaba. Pocas, de las muchas palabras escuchadas, pude retener con exactitud. ¿Por qué no habría aprendido a transcribirlas en un cuadernillo? Era demasiado joven para tener en cuenta la Historia.

Aquella voz opulenta, cálida, tan atractiva como toda la persona de Miró, dijo aquello mientras me servía, paternal, en la mesa; sin acritud en su acento, mirándome con los azules ojos que aumentaron, contemplándola, la belleza del mundo y de los seres.

Sí. Aquella tarde conocí a Juan Ramón Jiménez, el poeta que admiraba y sigo admirando con toda mi alma, tanto como al prosista Gabriel Miró.

Pasó mi tan breve estancia madrileña. Regresé a mi ciudad natal. Seguimos escribiéndonos los cuatro: Gabriel, Clemen, Ernestina y yo. Y en 1930 sufrí uno de los grandes dolores que ensombrecieron mi experiencia juvenil. Gabriel Miró había muerto.

¿Puede morir quien tal obra creó? No. Gabriel Miró vivirá siempre para quienes saben leer, aquí y en el extranjero, los más puros libros de nuestra inmensa Literatura Española.

Carmen CONDE  
*De la Real Academia Española*

### Bibliografía citada

- ALONSO, Dámaso (1943), prólogo al volumen IX de la edición conmemorativa de *Obras de Gabriel Miró, Niño y grande. Corpus y otros cuentos*, Madrid, Amigos de Gabriel Miró.
- ALONSO, Dámaso (1969), «Gabriel Miró en mi recuerdo», *Poetas españoles contemporáneos*, Madrid, Gredos, 3.<sup>a</sup> edición.

- CONDE, Carmen (1979), «Mis encuentros con Gabriel Miró», *Revista del Instituto de Estudios Alicantinos*, 27, pp. 107-112.
- DIEGO, Gerardo, «Gabriel Miró», *Cuadernos de Literatura Contemporánea*, 5-6, 1942.
- DIEGO, Gerardo (1947), prólogo al volumen XI de *Obras de Gabriel Miró*, *El Obispo Leproso*, Madrid, Amigos de Gabriel Miró.
- DÍEZ DE REVENGA, Francisco Javier (1979), «Gabriel Miró y los poetas del 27», *Homenaje a Gabriel Miró. Estudios de crítica literaria en el centenario de su nacimiento*, Alicante, CAPA, pp. 243-264.
- DÍEZ DE REVENGA, Francisco Javier (1999), «Miró, Guillén, Guerrero (En torno a unas cartas con Levante al fondo)», *Actas del I Simposio Internacional Gabriel Miró*, Alicante, CAM, pp. 43-50.
- GUERRERO RUIZ, Juan (1942), «Unas cartas de Gabriel Miró», *Cuadernos de Literatura Contemporánea*, 5-6, pp. 219-225.
- GUILLÉN, Jorge (1979), «Acto de presencia», *Monteagudo*, 65.
- GUILLÉN, Jorge (1962), «Lenguaje suficiente: Gabriel Miró», *Lenguaje y poesía (Algunos casos españoles)*, Madrid, Revista de Occidente.
- MIRÓ, Gabriel (1967), *El humo dormido*, edición de Edmund L. King, New York, Dell Publishing Co.
- MIRÓ, Gabriel (2009), *Epistolario*, edición de Ian Macdonald y Frederic Barberá, Alicante, Instituto Juan Gil Albert.
- SALINAS, Pedro (1936), prólogo al volumen VII de la edición conmemorativa de *Obras de Gabriel Miró*, *Libro de Sigüenza*, Madrid, Amigos de Gabriel Miró.

